





# El dilema del matafuegos



# El dilema del matafuegos



MARIANO NÚÑEZ SAMBUCETY

Autor: © Mariano Núñez Sambucety  
Ilustraciones: © Ángela Núñez Dapena  
ISBN: 9789463673327







## Prólogo

A mediados del siglo XVI, Valladolid era una ciudad única y llena de contrastes. De gran importancia por haber sido elegida sede de la Chancillería, órgano judicial de Castilla, y también sede de la Santa Inquisición. Aquí se juró a Carlos I como rey de España y en esta ciudad nació su hijo Felipe II. También fue de gran trascendencia, la famosa Controversia de Valladolid, un debate sobre la naturaleza de los indios de América, considerada como inicio fundamental para la construcción de los Derechos Humanos.

Ciudad culta y noble, de gran espiritualidad y firmeza. Su gente en ese momento vivía de forma tranquila, pero en un entorno algo oscuro. En el aire se respiraba la persecución de los herejes y se sucedían los juicios. Esos solemnes autos de fe, con los que se pretendía acabar con la herejía ejecutando a la mayoría de los reos.

La peste, como en otras ciudades, también estuvo presente. Aunque era evidente su existencia, el pueblo convivía con ella sin grandes problemas. ¡El muerto al hoyo y el vivo al bollo!

En esa época esta ciudad, en cuanto a convivencia se refiere, era diferente al resto de España. Mientras en otras ciudades los moros ya habían sido expulsados o estaban siendo repudiados y aislados, en Valladolid aún convivían de una forma más o menos serena.

Y al igual que en el resto del país y del mundo, las personas con ambición se las ingeniaban para alcanzar o seguir aumentando su poder. Ya sabemos todos que esto no pertenece a una época... Es y seguirá siendo así.

Este libro se basa en un hecho real acaecido en Valladolid en 1561, sobre el que hay varias teorías. La que se cuenta aquí no se haya entre ellas, pero... ¿Quién sabe?



## Tempus itinerantur

Gritos. Calor. De repente todos mis pelos se pusieron de punta y sentí como si un alma hubiera pasado a través de mi cuerpo y abrí los ojos. Pero ¿qué pasaba? ¡No podía ser! Toda mi habitación estaba en llamas y noté que me ahogaba y empecé a toser. El humo no me dejaba ver más allá de un palmo. Me levanté y quise ir corriendo hacia la puerta de la habitación. Apenas avanzaba, porque mis piernas no me respondían bien, parecía como si se estuviesen deshaciendo a medida que daba los pasos. Me movía muy torpemente y todo el cuerpo me pesaba. Había bastante ruido de fondo y escuchaba sonidos que se mezclaban en el interior de mi cabeza. Sonidos de pesadilla, de crepitar de maderas, de muerte y de destrucción.

Por todas las ventanas entraban los alaridos de una multitud dispar, gente que lloraba y que se llamaba a gritos por sus nombres, niños que sollozaban y murmullos de fondo. Al mirar hacia el salón por donde yo debía salir, vi una gran lengua de fuego que me indicó que no era posible continuar por ese camino. Tan sólo había una solución: ir hacia la ventana del baño. Me dirigí hacia ella y la abrí con tanta fuerza que la hoja de madera rebotó contra el quicio. Paré el rebote de la ventana, sin ni tan siquiera mirarla, con la mano izquierda y me quedé mirando la escena del exterior. Pude ver la torre de la Antigua al fondo. Destacaba sobre un cielo teñido de un color entre anaranjado y rojizo que se superponía sobre un fondo gris oscuro. La gran masa de cielo multicolor palpitaba y cambiaba de luminosidad y las luces que desprendían las llamas se dejaban entrever entre la intensa humareda. Era un cuarto piso y sin embargo, el suelo de la calle estaba muy cerca. No me sonaban

las casas que había alrededor y al mirar a un lado, pude ver un grupo de caballos desbocados que huían de esa escena dantesca. Eran unos diez caballos negros, de crines largas, onduladas y brillantes que pisoteaban las cenizas esparcidas a lo largo de todo su camino. Se dirigían al galope hacia una niña de unos tres años que estaba sentada con las piernecitas abiertas en medio de la calle. Yo me asomé a la ventana gritando a la niña para que se apartara, pero era imposible que me oyera entre tanto ruido. Súbitamente, noté que la espalda me ardía y salté por la ventana sin pensar más.

Abrí los ojos de par en par. Esta vez sí. Mi habitación permanecía intacta, no había ningún indicio de fuego. Notaba humedad y mientras me pasaba la mano por el pecho, bajé la cabeza y miré mi cuerpo. Estaba empapado de sudor. De hecho, toda mi cama estaba empapada. Aún tenía el pulso acelerado y el olor a quemado metido en la pituitaria, aunque no había sido real. Respiré profundamente y me levanté, dejando atrás esa sensación incómoda de humedad. Eran las ocho pasadas y era domingo —¿Es que no puedo dormir hasta tarde ni un sólo día? —pensé y me levanté. Fui caminando torpemente hacia la cocina, mientras iba abriendo las ventanas para ventilar un poco la casa. No fue un camino recto, no. Iba dando tumbos en direcciones diferentes, yendo a trompicones de ventana en ventana, subiendo persianas y luego bajándolas un poco, hasta que me parecía que la cantidad de luz era la idónea.

Hacía muy bueno a pesar de la hora y de ser el mes de septiembre. Al llegar a la cocina, me despecé bostezando y estirándome hasta tocar el techo con la punta de los dedos. Me apetecía un montón hacer un buen café, de esos que se disfrutaban haciéndolos lentamente. Lo estaba saboreando mucho antes de tomarlo, mientras abría el paquete de café molido y seguidamente lo echaba con cuidado en el interior de la cafetera italiana. Un par de minutos después de ponerlo al fuego, pude escuchar como subía el líquido mientras hervía y salía la fragancia que se iba extendiendo por toda la cocina, dejando un suave aroma a... ¿Hogar? Mientras terminaba de subir todo el café, me dispuse a hacer unas tostadas para culminar el desayuno que disfrutaría posteriormente en la terraza. Partí el pan en rebanadas de aproximadamente un centímetro de espesor y las

unté con mantequilla de la buena y mermelada de naranja amarga. —Bueno, bueno, bueno... Y para rematar un zumo de naranja y ya lo bordo...—pensé— Pues no. Zumo no, que no tengo naranjas. —me dije mirando en la cesta donde habitualmente las dejaba.

En fin, no pasaba nada. A mi entender, era un desayuno de lujo de todas formas. Lo saqué todo a la terraza en una bandeja que deposité en la pequeña mesa de madera que tenía allí preparada. Mientras me tomaba las tostadas untadas en el café, recordaba muy nítidamente el sueño que había tenido. Es raro, porque normalmente y aunque te acuerdes de los sueños nada más despertarte, éstos se van desvaneciendo a medida que te despiertas. Cosas del duendecillo ese que los va borrando, según una historia que ya no sé si me la contaron de pequeño o la estudié en filosofía en el colegio... — Si dependiera de mi memoria para sobrevivir, no duraba ni dos días —pensé apurando el último sorbo de café.

Como ya dije, el día en el que todo empezó era domingo. Después del desayuno me fui al baño a prepararme para salir a la calle e ir a la panadería. Me entretuve un poco poniendo música ambiente, para escucharla mientras me afeitaba y luego me duché con agua tibia. Una vez acabé de darme la crema y el aftershave, me dirigí a la habitación para vestirme. Iba a salir sólo a por el pan, de tal forma que iba fenomenal con unas bermudas, una camiseta y unas chanclas en los pies. Fácil.

En apenas dos minutos ya estaba en el portal. Abrí la puerta y cuando salí a la calle, me llevé una sorpresa que me dejó bloqueado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo. No podía creer lo que estaba viendo. Miré en todas las direcciones, revisé la puerta de mi casa varias veces, sin dar crédito a lo que veía. Mi calle era un camino polvoriento, sin aceras. Los coches que se encontraban siempre aparcados al lado de la calzada habían desaparecido. Las casas ya no tenían altura. Quiero decir que ya no tenían cuatro o cinco pisos como antes, si no que tenían uno o dos pisos como mucho. Las puertas de los portales habían cambiado también. Eran todas de madera en vez de las que estaba acostumbrado a ver, de aluminio o forja y cristal. Era como si estuviese en un pueblo. Y no

me refiero a falta de inversión, sino a un pueblo antiguo, auténticamente caracterizado, medieval diría yo. La calle era algo más corta, algunas casas que conocía ya no estaban allí. En su lugar veía alguna huerta o simplemente un camino, huertas o tierras sembradas y campo, mucho campo. Justo al final de la calle, se veía la vereda de un río. No entendía nada y sentí miedo.

Me di la vuelta, abrí la puerta del portal de un empujón y me metí rápidamente en él. Ahí dentro estaba todo normal, moderno. Al menos todo lo moderno que estaba antes de salir. Miré a través del cristal de la puerta y vi los coches aparcados, las casas de cuatro pisos y sus portales con puertas metálicas con cristales. Las aceras de la calle estaban bien plantadas en su sitio y todo parecía normal. Yo estaba aún con el corazón a mil por hora. No comprendía lo que había pasado. —¿Me estoy volviendo loco? Ayer ni siquiera salí, así que no bebí ni una triste cerveza... No entiendo nada... ¿Qué hago? Salgo, ¿no? —me alentaba yo mismo. Pues sí, volví a salir sacando sólo parte de mi cuerpo fuera del portal, sujetándome con ambos brazos, uno a la puerta y el otro al marco y manteniendo los pies dentro, como si me fuese a caer al vacío. Miré a ambos lados girando la cabeza... Y todo estaba en orden. Di un paso corto al frente con un pie, luego con el otro y me paré a unos centímetros de la puerta, que se cerró detrás de mí con un sonido metálico y seco. Afortunadamente no había nadie allí para verme hacer el ridículo.

Me puse a andar despacio y me dirigí hacia la panadería que está al lado de la Iglesia de San Martín. Mientras caminaba pausadamente y con cierto recelo, me fijaba en los detalles. Son calles bonitas, con casas de dos o tres pisos, pero modernizadas, eso sí. A partir de la primera planta, ya se veían los arreglos de las fachadas y algún que otro entramado de cables negros que las deslucían. Anduve por la calle Prado, esa que tantas veces había recorrido desde que vivía en el centro. En esa calle hay varias casas con escudos encima de las puertas y aún perduran muchas paredes de piedra en la parte baja que han resistido el paso del tiempo. Ahora me fijaba algo más, o quizá de otra forma. Aún no sabía qué era lo que había pasado antes y temía que algo ocurriese en mi cabeza y volviese a ver cosas raras. Pensé incluso que podría tener algún principio de Alzheimer o algo

cerebral. Doblé a la derecha por la calle del Camarín de San Martín y la sensación de estar en otra época se acentuó, incluso llegué a sentir algo de inquietud. No había razón alguna, puesto que esa calle mantiene el sabor de épocas pasadas y siempre que cruzaba por allí, me imaginaba cómo habrían vivido en otros siglos. La verdad es que eso de retrotraerme me pasa siempre que visito algún castillo o simplemente al pasar por calles de los cascos antiguos de las ciudades, esas que retienen la historia en sus paredes. En este caso, se ve que yo estaba algo más receptivo que de costumbre.

Al salir de esa calle trasera a la Iglesia, cruzando la calzada, me encontré directamente en la entrada de la panadería. Entré y compré una barra de Riche sin tener que esperar. A primera hora nunca hay gente los domingos. Me alegré mucho por ello.

Salí del establecimiento con mi barra de pan en la mano y de repente... ¡No podía ser! ¡Otra vez lo mismo! La Iglesia de San Martín estaba allí, parecida a como la conocía, pero diferente. Más «básica». Le faltaba algo de altura y era quizá más sobria, aunque no sabría decir con seguridad qué cambio en ella me producía esa sensación. Pero no era lo único que había cambiado. Todas las casas que tenía enfrente no eran las mismas. De nuevo, todas las puertas que veía eran de madera, las paredes de piedra y en su conjunto, formaban un entorno ideal, teatralizado. En ese momento hubiese jurado que me encontraba en el interior de un belén viviente. Me fijé en las calles sin asfaltar y vacías de toda acera o mobiliario urbano. Por supuesto, ningún vehículo motorizado a la vista... Mi corazón de nuevo se puso a palpar rápidamente. Me llevé la mano al pecho, creí que me iba a dar un ataque al corazón. Mi mano agarró la tela revoloteada que bajaba del cuello de mi traje... Bajé los ojos y entonces me percaté de mi atuendo. Llevaba un calzón y una chupa debajo de la casaca. Veía esas prendas y las nombraba en mi cabeza como si las conociese. Me sentí algo mareado y cerré fuertemente los ojos. La expresión de mi cara sería de foto: con los ojos cerrados, el ceño fruncido y los dientes apretados, como si toda esa opresión facial tuviese el poder de cambiar algo las cosas. Me mantuve así un instante, con la esperanza de que hubiese sido una alucinación, pero no fue así.

Cuando volví a abrir los ojos, seguía en el mismo sitio y con la misma vestimenta. Miré mis manos y ya no tenía la barra de pan. Me miré a los pies, mis zapatos tenían hebilla, mis mangas tenían volante y mi casaca... ¡La verdad es que mi casaca me gustaba! Estaba soñando, seguro. Pensé eso y me dejé llevar. —Bueno, pues... ¡Vamos a disfrutar de esto! —me dije a mí mismo.

Miré a mi derecha. Allí estaba la Casa Revilla, muy parecida a la que conocía ahora. La calle que llevaba a ella tenía casas señoriales, con escudos de armas encima de sus puertas y bonitos herrajes y picaportes de llamada en sus maderas. La alta puerta que tenía a mi lado derecho comenzó a abrirse. Oí relinchar de caballos y golpes de herraduras en su interior y también escuché voces de hombres susurrando. Yo no estaba preparado para encontrarme con nadie, así que comencé a andar dejando la iglesia a mi izquierda. Delante de mí había un muro grande y cuando casi llegué a él, me giré a ambos lados. A mi izquierda veía la iglesia de las Angustias y a mi derecha, un poco más al fondo, la Iglesia de San Pablo. Me resultaba todo muy familiar y, sin embargo, era totalmente distinto. Yo diría que hasta el cielo parecía diferente... Las pocas personas con las que me encontraba de lejos, parecían disfrazadas. Sí, todo lo conocía, pero se había tornado en un gran escenario caracterizado, raro, tan extremadamente homogéneo y contemporáneo en ese momento, que hacía que fuese yo mismo quien sobrara en él. Me dolía la cabeza y me quería despertar ya. Me dirigí hacia mi casa con la esperanza de acordarme de cuál era y mientras caminaba, me sentía como en una nube. Ese sueño era muy real, hasta el olor que me llegaba era diferente. No digo malo, sino distinto. Era un olor a pueblo, a corrales, quizá a falta de polución, a aire fresco...

Cuando llegué a mi calle y me metí en ella, ya me era familiar. Digo que era familiar porque ya la había visto así anteriormente. Me dirigí a mi casa y abrí el portal empujando la puerta. Igual que antes, dentro del portal era todo normal. Esta vez no me di la vuelta para mirar atrás. Me subí en el ascensor y al salir de él ya en el cuarto piso, me dirigí a la puerta de mi casa. Mis manos temblaban un poco, pero no me costó mucho introducir la llave en la cerradura y abrir a toda prisa. En cuanto me metí en casa, cerré la puerta rápidamente



y apoyé mi espalda contra ella, como si alguien me hubiera estado persiguiendo. Eché un vistazo rápido al interior de mi vivienda y vi el salón con la televisión, el ordenador y el teléfono encima de la mesa... ¡Qué contento estaba de ver todos esos aparatos, por Dios!

Salí inmediatamente a la terraza y me asomé a la calle. Vi a unos vecinos andando por ella, con ropa actual. —Mejor me voy a tomar otro café, que estoy fatal. —hablé solo y me dirigí a la cocina.

Mientras me tomaba el café miraba las casas de enfrente. Altas estructuras con feos equipos de aire acondicionado debajo de las ventanas. Con las antenas encima de los tejados con sus cables y sus anclajes. Miré también mi casa, con sus ventanas de aluminio, con equipos de luces led cargándose para lucir por la noche. Vamos, con una equipación actual y normalucha. Nada que destacar.

Ese día había quedado para tomar un vermut, pero miedo me daba salir y tener otro viaje temporal. Ya empezaba a estar preocupado. Cogí el móvil y busqué en internet: «Viaje real en el tiempo» ... ¡Vaya! Resulta que hay casos curiosos de supuestos viajeros en el tiempo: John Titor, Victor Goddard... Hasta explicaciones científicas que mencionan unos Vortex temporales, una especie de túneles que permitirían viajar a otras épocas, a otros siglos anteriores y también posteriores... La verdad es que me dio bastante pereza seguir leyendo y lo dejé, explicándome a mí mismo que seguramente había salido medio dormido a la calle. Tenía que dormir más, sin duda... —¡Ya no me da tiempo para seguir pensando, que llego tarde! —salí apresuradamente, bajando por la escalera. Abrí la puerta del portal y reconozco que me paré un instante, pero cuando abrí la puerta, no pasó nada. No hubo cambios en el entorno, ni túneles del tiempo, ni relinchar de caballos.

Me dirigí hacia la Catedral, pasando al lado de la joya de La Antigua. Estoy enamorado de esa zona. Me encanta pasear por estas calles y disfrutar una caña sentado en una de sus terrazas, mirando esas piedras con tanta historia. Llegué pronto, como casi siempre y pedí un cañón de cerveza.

—¡Hola Martín! —saludó Marcos a mi espalda.

—¡Eh, hola! ¿Qué tal majete? —le respondí.